

EL CASO DE CARLOS

Carlos es un niño de once años que está en 1.º de ESO. Tiene una hermana de nueve años y unos padres de mediana edad.

Sus padres nos lo describen como “un broncas”, que desde que llega del colegio no para de meterse con su hermana y consigue sacarles a ellos de quicio todos los días.

Nos comentan que ya de pequeño tenía un carácter fuerte; pedía las cosas llorando y cuando se las daban, las tiraba y pedía otra cosa.

Tiene miopía, pero no se pone las gafas; él dice que es muy bajito (cosa que no es cierta), y es muy pesimista.

Parece que siente una envidia enfermiza desde que nació su hermana y, por otra parte, no admite nunca que se haya podido equivocar en algo.

En los juegos con otros niños –por ejemplo, el tenis o el baloncesto– se enfada mucho si no gana.

Sus padres solicitan nuestra orientación, para que les aconsejemos de qué manera pueden cambiar la conducta de Carlos, y cómo pueden conseguir que el niño aprenda a que tiene que convivir en una sociedad.

Los registros nos confirman la animadversión que siente hacia su hermana, a la que literalmente no la deja respirar; pero, además, nos muestran a un niño “chulito” con sus padres, que **no para de ponerles a prueba y de provocarles con su conducta**. Por sistema se niega a todo lo que le piden, pero, por el contrario, **él no cesa de exigirles**: un nuevo equipo de tenis, otras zapatillas deportivas, juegos de ordenador...

Como es lógico, **pusimos inmediatamente en marcha un programa que, en una primera fase, eliminase o disminuyera drásticamente las provocaciones que constantemente mostraba Carlos**. Posteriormente, **elaboramos un acuerdo con todos los miembros de la familia**, donde se especificaban **las reglas que, a partir de ese momento, marcarían las pautas de convivencia**.

A las dos semanas de firmado el acuerdo, **Carlos ya empezó a mostrar signos muy claros de mejora**. Él y su hermana se esforzaban por conseguir los puntos que les permitían ver los Simpson, jugar treinta minutos al ordenador, ir al entrenamiento de baloncesto, canjearlos por determinados juegos o por dinero.

El programa estaba funcionando perfectamente, **hasta que se aproximaron las Navidades y el niño se sintió muy seguro de poder conseguir todos los juegos y la ropa que quería**, merced a los regalos que recibiría por parte de sus abuelos y de sus tíos.

Evidentemente, **aún no había pasado suficiente tiempo** para que las nuevas conductas de Carlos **se hubieran transformado en hábitos** que el niño ya hubiera interiorizado y ejecutase de forma mecánica.

Es necesario que las conductas aprendidas se repitan de forma constante durante cierto tiempo para que se conviertan en hábitos sólidamente adquiridos.

La actuación a seguir era muy clara:

a) **Los padres hablarían con los abuelos y los tíos y les convencerían para reducir sensiblemente el aluvión de regalos que iban a hacer a los niños** –este era un tema pendiente que los padres habían querido abordar desde que los niños eran pequeños, pero que nunca se habían atrevido a tocar.

b) **Para poder jugar y disfrutar de los regalos, los niños tendrían que conseguir un mínimo de puntos diarios.**

Desde luego, esta actuación no le hizo ninguna gracia a Carlos, pero en el fondo le vino muy bien; **comprendió que no podía “saltarse las reglas y ser más listo que nadie”, y pronto volvió a mostrar la conducta de las últimas semanas.**

Al cabo de unos meses, **Carlos se había convertido en un niño mucho más sociable**, que se entretenía todas las tardes con su hermana, y que **no mostraba tanta ansiedad ante sus triunfos o fracasos deportivos.**